



LA VOZ DE LOS ACTORES

CUATRO RELATOS

LETICIA RAYGOZA, LUCIA CLARO
EBELIA SANTOS, JUAN FONSECA

La segunda generación de migrantes es hoy en día un tema de gran relevancia en los estudios de la migración internacional. Más aún cuando se deriva de la migración de mexicanos hacia Estados Unidos, un fenómeno de larga data rico en experiencias y significados. Por lo anterior, *Migración y desarrollo* tomó la decisión de dar la voz a integrantes de la segunda generación de migrantes mexicanos alocados en Estados Unidos. Los textos que siguen fueron escritos por cuatro jóvenes estudiantes de la Universidad de Illinois. Cabe advertir, sin embargo, que la suya es una visión particular sobre el significado que representa vivir en Estados Unidos y, desde ese mirador, vivir en los pueblos mexicanos de donde son originarios sus padres. Por tanto, sus palabras no representan la opinión de una organización de migrantes ni la apreciación de analistas del fenómeno migratorio; en todo caso se

trata del enfoque individual de estudiantes que, a su manera, también son actores de la migración.

La mexicanidad radicada en Chicago

LETICIA RAYGOZA*

México es muy importante para quienes vivimos en Estados Unidos. Cuando se camina por los barrios mexicanos en Chicago se advierte el amor hacia nuestra patria. La bandera mexicana está puesta en tiendas, hogares, carros y hasta en las mochilas de los niños. En mi caso, desde muy temprano, el radio reloj me despierta con la sintonía del 105.1 FM. Entonces un locutor dice: «está usted escuchando *La Qué Buena*, ¡con orgullo mexicano!», o sino, también, escucho *La Ley*, cuyo locutor arenga: «¡Está usted escuchando la estación de la raza!»

* Estudiante de la Universidad de Illinois. Correo electrónico: lraygo2@uic.edu.



Ambas estaciones son las más populares entre los latinos residentes en Chicago porque están orientadas a los chicanos. Los locutores mexicanos programan música mexicana y dicen chistes y refranes de origen mexicano, lo mismo sucede con las demás estaciones de la misma identidad. En mi opinión, Chicago es una parte de México; se podría decir que es como un pueblo de México.

Cuando me preguntan de dónde soy, orgullosamente digo que soy de El Plateado, Zacatecas (hoy Joaquín Amaro). Y si me dicen que más bien parezco de Estados Unidos, les digo que nací en Estados Unidos pero que orgullosamente soy de El Plateado, porque mis padres nacieron en Zacatecas y que me considero zacatecana. Es algo muy confuso que a veces ni yo entiendo, pero en mi respuesta expreso mi orgullo. Esto es similar al sentimiento que expresan mis padres al referirse a su tierra. Al asistir a los bailes organizados por mexicanos, veo a estudiantes que si bien nacieron aquí, en Estados Unidos, usan sombreros, joyas y automóviles que tienen impresas leyendas alusivas a Zacatecas, Durango, Guerrero, Michoacán, Jalisco y otros estados.

En una ocasión, el maestro de un amigo que enseña sociología le preguntó a su clase que quiénes eran mexicanos. El 70% de la clase alzó la mano, después el profesor preguntó que quién nació en México y casi todos la bajaron. Después preguntó que quién estaba orgulloso de ser mexicano. Mi amigo levantó la mano junto con otros estudiantes más. Después el profesor le dijo a mi amigo que si estaba tan orgulloso de ser mexicano por qué vivía en Estados Unidos y no en México. Mi amigo le contestó: «Because I am taking over a country that was once my ancestors and that is mine today, this was our Indians' land and they took over it so now us Indians will take over it again». El profesor quedó sorprendido por la respuesta,

pero mi amigo sólo dijo eso para mostrar su orgullo y para acallar a quién ofendía su origen. Esa respuesta puede ser que no sea muy razonable, pero los mexicanos saben que la necesidad de empleo y educación es la causa principal para vivir en Estados Unidos, y que cuando viven aquí nunca olvidan lo que dejaron en México. Por esa razón construyen en Chicago y en otros estados el orgullo por su patria. Un ejemplo de ello son mis padres.

Mis padres se casaron muy jóvenes. Vivieron en México por mucho tiempo pero huyeron de ahí por falta de empleo. Decidieron emigrar a Estados Unidos y trabajar para ganar el suficiente dinero para comprar o construir una casa en nuestro pueblo. Mis dos hermanas y yo nacimos en Chicago. Cuando mis padres ahorraron suficiente dinero regresamos a nuestro pueblo y mis padres construyeron una casa bella y grande para mi gusto. Después, mi hermano nació en Zacatecas y todo fue color de rosa hasta que se enfermó una de mis hermanas. En México no había suficientes recursos médicos ni la ayuda pública que hay aquí, por esa razón regresamos y nunca volvimos a México hasta hace unos años, pero sólo de visita.

En México ya nada era igual, la casa grande y bella ahora estaba vieja, descuidada, chica y sucia. Ya no reconocía a ninguno de mis familiares, ellos tampoco a mí. A pesar de que los quería abrazar, no sabía cómo. En tanto que mis primos convivían gratamente con mis abuelos, yo no lograba tener una buena comunicación con ellos. Si hablaba inglés me veían de fea forma, incluso en un momento mis primas hablaban en *pig latin* con el propósito de ofenderme de la misma manera en que supuestamente ya las había ofendido. Me pregunté si me sentiría ofendida en su lugar, y creo que sí. Es como cuando en Estados Unidos los afro y angloestadounidenses se sienten ofendidos si uno habla español.



Otro caso diferente es la educación y el trabajo. Para mis familiares en México, el trabajo es lo más importante, y para mi familia en Estados Unidos, el estudio. Una compañera que trabaja conmigo me dijo que no es que no quiera estudiar en México sino que a veces el estudio no vale. Ella estudió enfermería en México y nunca consiguió trabajo, emigró a Estados Unidos y terminó trabajando en una tienda de ropa que no tiene nada que ver con su profesión. Para ella fue una pérdida.

Por otra parte, las fiestas y celebraciones en Estados Unidos son tan importantes como en México, aunque son un poco distintas. Las tradiciones suelen ser iguales, pero el contenido simbólico y religioso es más importante en México. En Chicago importan más las cuestiones materiales: vestimenta, automóvil, música y la importancia relativa de los invitados. En los pueblos de México, en las bodas, por ejemplo, las mujeres se casan de blanco, los padres aprueban la celebración y se brinda la bendición religiosa. Las fiestas son, por lo general, al aire libre, y sirven además para que las muchachas y muchachos encuentren pareja. Las fiestas de los mexicanos en Estados Unidos recuperan la tradición mexicana, pero con algunos cambios.

Cuando entrevisté a un joven oriundo de Nuevo Ideal, Durango, que trabaja en la iglesia «El Buen Pastor». Me platicó que muchas iglesias católicas de Chicago están incluyendo las tradiciones mexicanas porque los feligreses mexicanos las necesitan y las piden. La iglesia «El Buen Pastor» comenzó con sacerdotes polacos, y al paso de los años cambió a sacerdotes mexicanos. Una estadounidense que ha trabajado ahí mismo por más de cuarenta años me dijo que las iglesias de los barrios latinos requieren sacerdotes que hablen español y necesitan, además, instalar las tradiciones mexicanas e importar los símbolos religiosos desde de sus pueblos

mexicanos de origen para adorarlos por un tiempo en Chicago.

Las plazas también son distintas. Por ejemplo, la plaza «Manuel Pérez Jr.», ubicada cerca de mi domicilio, durante el día es visitada sólo por ancianos y vendedores ambulantes, que acostumbran hablar de temas políticos y sociales. En la noche es visitada por los «gangueros» (pandilleros) del barrio. La mayoría de la gente teme pasar por ahí en la noche. La plaza no es muy agradable pues está pintarrajeada de *graffiti*. En cambio, las plazas de los pueblos de México son bellas. Están ornamentadas con flores y son visitadas por ancianos, adultos, muchachos, niños y bebés. Por lo general están construidas frente a una iglesia: eso les otorga un gran contenido simbólico.

Cuando estuve en México me pregunté muchas veces si mis padres tomaron la mejor decisión al dejarme aquí, en Estados Unidos. Eso es difícil de responder. Por muchos motivos quisiera estar en México. Principalmente porque mi familia vive allí: mi abuelo, mi abuela, mis tías y tíos. Envidio la relación que mis primas y primos tienen con mis abuelos, quisiera estar en la humilde y amorosa casa de mis sabios abuelos. Pero luego pienso que en Estados Unidos encuentro educación y trabajo. Creo que esto es indispensable para cumplir mi sueño de ser profesora de matemáticas.

Es una decisión difícil. Desgraciadamente tanto en México como en Estados Unidos hay tantas injusticias. Para empezar, quisiera que en México no hubiera tanta corrupción y que los mexicanos no tuviéramos la necesidad de emigrar. También quisiera que los mexicanos pudieran visitar y trabajar en Estados Unidos sin tantos problemas. A pesar de las adversidades, en Estados Unidos ha surgido una tradición de mexicanidad impulsada por buenos mexicanos que en un momento se sentían solos y desamparados. En oca-



siones, los mexicanos aun siendo nacidos aquí, en Estados Unidos, nos sentimos discriminados, solos y fuera de lugar, por ello han surgido pueblos que unen a los mexicanos, como Little Village, Pilsen, Back of the Yards, Cicero, Aurora y muchos otros. Estos pueblos albergan población, tiendas, restaurantes, salones, iglesias y todo tipo de tradiciones que comparten un origen común: ser mexicano.

Para mí, regresar a México o vivir en un barrio mexicano es idóneo, pero para otros no lo es. En una ocasión, en mi trabajo tuve que ir a la bodega, la radio estaba sintonizando una estación de música en inglés. Como no había nadie, busqué música a mi gusto, tipo ranchera, norteña o duranguense. Después de estar en la bodega por un rato, llegaron dos muchachos y apagaron la música. Me preguntaron el porqué tenía esa música tan fea, de tipo mexicana. Eso me hizo enojar mucho. Les reproché cuestionándolos por qué no les gustaba la música que es la de sus orígenes mexicanos. Uno de ellos, hijo de padres mexicanos, respondió que él no era mexicano sino de Estados Unidos. El otro muchacho es hijo de padre mexicano y madre polaca. Como sea, creo que ninguno de los dos tiene derecho a criticar la nacionalidad que tienen sus padres. Les dije a ambos que era vergonzoso que teniendo la piel morena de sus padres digan que no son mexicanos. El debate siguió por mucho tiempo sin que llegáramos a ninguna conclusión. Posteriormente le di a cada uno un disco compacto con los éxitos de Vicente Fernández y les dije que apreciaran la belleza de la música mexicana. No sé si los escucharon. Por mi parte, al igual que millones de mexicanos radicados en Estados Unidos, aprecio a México de muchas formas.

Festividades y vida familiar, vínculos de los migrantes

LUCIA CLARO*

Mi padre vino a Estados Unidos y dejó su familia en Durango debido a que la situación familiar era muy mala. Meses después, pudo reunir dinero para pagar nuestro viaje. Tomó bastante tiempo, sudor y lágrimas el hecho de que la familia pudiera integrarse a la sociedad estadounidense sin perder nuestras costumbres. La condición migratoria nos limitaba ocuparnos en trabajos mal pagados con jornadas largas y a residir en barrios pobres infestados de pandillas. El primer trabajo de mi padre fue en un restaurante de chinos, como lavaplatos. Después pudo encontrar un mejor trabajo. Mis hermanos y yo estábamos en una escuela buena, disponíamos de los materiales necesarios y accedíamos a la atención médica. La escuela nos proporcionaba atención dental y examen ocular. En el barrio era peligroso salir por las noches, siempre había pandilleros en las esquinas y lo último que querías era que te agredieran. En la medida que la familia crecía, mi padre se propuso buscar algo mejor para todos nosotros. Años después pudo comprar su propia casa y nos mudamos a un mejor barrio, pero con escuelas más saturadas. Sin duda los hijos ganan más, pues a comparación de mi padre, que empezó a trabajar a temprana edad, mis hermanos y yo teníamos ahora la oportunidad de terminar la escuela secundaria.

Pasaron diez años para que regresáramos a Durango a ver la familia. Mi madre temía que no nos fuera a gustar su pueblo. A la primera visita me di cuenta de lo que mis padres dejaron por mí y mis

* Estudiante de la Universidad de Illinois. Correo electrónico: lclaro7@yahoo.com.



hermanos. Entonces yo estaba tomando a la ligera lo que habían logrado. Por fin comprendí las lágrimas que derramaron mis padres al dejar a sus padres y hermanos. En el pueblo, la escuela era pequeña y los estudiantes de diferentes grados estaban juntos por falta de maestros. La secundaria estaba en otro pueblo, por tanto era difícil cursarla. Mi tío no permitía que sus hijas fueran a la secundaria porque no había dinero para el transporte. Para que mi prima se recibiera de enfermera, la mandaron a Durango con una tía. Su hermano que se fue a trabajar a Arizona le mandaba dinero para cubrir los estudios. En general muchos de los muchachos sólo terminaron la primaria y aprendieron a cultivar las tierras. Las muchachas pensaban en el matrimonio, algo muy lejano para mí. Entre los dieciséis y diecinueve años, planeaban cruzar la frontera para encontrar un trabajo que les permitiera contribuir a mantener sus familias. En esas condiciones, nuestras vidas serían bastante diferentes si hubiéramos vivido en México.

Los sacrificios que hicieron mis padres valieron la pena, aquí mis hermanos y yo pudimos ir a la escuela y tenemos acceso a los servicios médicos. Los beneficios son muchos y con educación se puede llegar lejos. Entendería si mi madre quisiera regresar a Durango, pero para mis hermanos las cosas serían distintas porque ya están casados y tienen su vida formada en Estados Unidos. Para mi madre, la vida en México no sería tan diferente como cuando ella vivía ahí, con la diferencia de que si ella se va ahora mis hermanos y yo le mandaríamos dinero para que pudiera vivir cómodamente.

Uno de los momentos que recuerdo más agradables es mi fiesta de quince años. La emoción que sentí cuando estábamos en misa era muy grande. Mi familia, tíos, primos y amigos me acompañaron. Se me hizo un nudo en la garganta cuando el pa-

dre me dio a leer unas cuantas líneas. No fue sino después de la misa cuando me di cuenta de lo importante que era para mis padres y mi familia presentarme ante la iglesia y la sociedad.

Las fiestas de quince años son muy similares en Durango y Chicago. Hace dos años fui a una a Durango. La iglesia estaba llena de familiares y vecinos del pueblo. Lo diferente fue la comida que sirvieron después de misa. Fue en casa de la quinceañera. Hubo música en vivo. En el baile tocaron otros músicos hasta las tres de la mañana. Las tarjetas de invitación y el vestido los mandaron a hacer en Durango. Uno se pregunta qué necesidad había de contar con dos grupos musicales para que tocaran todo el día.

Las reuniones familiares en México y Chicago son muy similares. En Chicago, nuestra familia se junta en una casa. Las mujeres están en la cocina preparando la cena mientras los hombres en la sala se ponen a ver algún deporte por televisión. Nada fuera de lo común. Todos se sientan a comer y se platica de la familia en México. Se habla de algún familiar enfermo en México o de si alguien del pueblo piensa cruzar la frontera. Cuando alguien en el pueblo está enfermo y necesita ser atendido en Durango, la familia coopera lo necesario. Cuando algún ser querido muere en México, alguien de la familia va a México al funeral y a rezar el rosario. Por ejemplo, mi tío estaba muy grave en el pueblo. Al hijo que estaba en Chicago le avisaron que su papá se encontraba muy mal porque tenía cáncer pulmonar. Él y su familia se fueron a México en carro, y como ni él ni su esposa tenían papeles para su regreso la familia les prestó el dinero suficiente para pagar a un coyote. Cuando mi papá falleció, el entierro fue en San José de Morillitos, Nuevo Ideal, Durango. Entonces la misma gente que fue a su velorio recaudó fondos para cooperar en el entierro. La gente se preocupa mucho porque sus fa-



milias tienen amistad con las nuestras en Durango. Uno tiene en común el lugar de origen. Cuando recién emigran de Durango llegan a los mismos barrios. Son caras que ya se conocen y han pasado por la misma situación.

Cuando mi familia y yo viajamos a Durango pude ver como las muchachas se comportaban un poco diferente. Mis primas de catorce o quince años ya bailaban a diferencia de mí que no lo hice hasta después de mis quince años. Noté que mis primas salían con muchachos mayores. Cuando los muchachos llegaban de Estados Unidos al rancho, ellas les ponían más atención que a los muchachos del lugar. Pienso que se hacen la ilusión de que si forman un noviazgo tal vez después los muchachos se las llevarían a Estados Unidos. Mi amiga que está en México se junto con un muchacho que venía de Chicago con ese propósito. Pero al contrario, ese muchacho está ahí porque su familia lo mandó al rancho pues tenía problemas por andar en pandillas. Ahora que están casados tienen problemas porque él no sabe trabajar en la milpa y viven de lo que su familia le manda.

Las relaciones de pareja son más duraderas en México. Por ejemplo, algunas de mis primas se casaron por la iglesia y otras se juntaron con el novio, en ambos casos se consideran casadas. En Chicago, mis amigas y algunas primas consideran juntarse con el novio como una opción para conocer mejor a la pareja. Aunque vivan juntos, se trata de un noviazgo, lo mismo sería si estuvieran casados por el civil. Así lo apreciamos porque los divorcios son muy frecuentes sin que se observen mal. En México, si el matrimonio es una pesadilla, las mujeres siguen en el matrimonio por cuestiones económicas y

porque el divorcio es algo que la iglesia y la gente no consienten. En cambio, en Chicago la familia te respalda si decides dejar a tu esposo porque el matrimonio no está funcionando. El pensamiento de mis amigas es que se pueden valer por sí mismas y que cuando se casan pueden sostener su familia. Ahora las muchachas se juntan con el novio con la certeza de que si no les va bien pueden regresar a su casa. En contraste, cuando lo hacen bajo el manto de la religión se supone que es para siempre.

Vivir en la urbe y vivir en el pueblo

EBELIA SANTOS*

Mis padres nacieron en Guerrero, México, y mis hermanas y yo nacimos en Chicago, Illinois. Me considero afortunada de haber nacido en Estados Unidos. Mis padres, al tener una familia en Estados Unidos, han enfrentado diferencias culturales. Es difícil para una familia mexicana criar a sus hijos con sus propias tradiciones en Estados Unidos.

Mis padres vinieron a Estados Unidos en busca de una mejor vida para la familia. Quienes emigran a Estados Unidos vienen con una meta: obtener un empleo, que puede significar nuevas oportunidades para progresar y mejorar sus vidas. No todas las personas cumplen su meta. Muchos pasan por momentos difíciles sin poder mantener a sus familias.

La vida de mis padres en México fue totalmente diferente a la que yo estoy viviendo. Se dice que Estados Unidos es el país donde se ofrecen oportunidades. Una de esas oportunidades es la educación. En Guerrero, mi papá llegó a sexto grado y mi mamá a tercero. Dado que en México

* Estudiante de la Universidad de Illinois. Correo electrónico: ebelareine@cs.com



la vida es más difícil, mis padres tuvieron que dejar de estudiar para dedicarse a trabajar. Por ejemplo, mi papá tuvo que abandonar sus estudios porque mis abuelos no tenían dinero para pagar su educación. En tanto que mi mamá siendo la mayor de su familia se vio en la necesidad de dejar de estudiar para contribuir al gasto familiar. En mi caso, he tenido acceso a la educación. Actualmente curso la universidad en Chicago. La idea de mis padres es que sus hijos nos eduquemos. Mi mamá dice que no quiere que yo trabaje en una fábrica, que mejor siga estudiando para terminar una carrera corta.

Si comparamos la vida en México con la de Estados Unidos encontramos muchas diferencias. Una es la educación. En México las personas que estudian son las que tienen recursos, las demás truncan su carrera. En Estados Unidos hay más oportunidades educativas. En primer lugar se cuenta con una educación gratuita. Hay apoyos para las personas que ganan poco dinero. En México los servicios no son los mismos, además de que se cuenta con menos recursos.

Vivo en un barrio, La Villita, donde la mayoría de la población es mexicana. En verano, los fines de semana se ve mucha gente caminar por la calle 26. Hay otros barrios, como Pilsen, Back of the Yards y ciertas partes de Cicero donde también viven los mexicanos. En estos barrios encontramos establecimientos de mexicanos: restaurantes, tiendas, discotecas, mueblerías, eso sin contar a los vendedores ambulantes.

Los estadounidenses tienen costumbres muy diferentes que los mexicanos. Por ejemplo, en Estados Unidos los padres permiten que sus hijos salgan con amigas o amigos. En mi caso, mi papá no piensa que una mujer pueda tener amigos. Otro ejemplo cotidiano es la edad a la que deben maquillarse las mujeres. Hasta cierta edad los padres aceptan que sus hijas se

maquillen y salgan a pasear o puedan tener novio.

Una de mis amigas tuvo un problema cuando a los dieciséis años tuvo su primer novio pero sus padres no lo quisieron conocer. Al pedir permiso para tener novio, su mamá dijo que ella nunca lo había hecho si no era a escondidas. Esta situación ocurre debido a que en México los noviazgos son a través de cartas y a escondidas. Creo que es mejor que los papás conozcan con quién salen sus hijas en lugar de andar a escondidas.

Los mexicanos celebramos muchas festividades, desde familiares hasta la celebración del día de la Independencia. En las familias mexicanas se acostumbra que cada individuo, hombre o mujer, debe cumplir con sus sacramentos religiosos: bautizo, confirmación, primera comunión y matrimonio. Usualmente, después de cada sacramento la familia hace una fiesta familiar. Lo mismo sucede cuando una niña cumple tres años y, después, los quince años. Por otra parte, en mayo se celebra el día cinco; en septiembre, la Independencia de México. En los pueblos celebran a los santos patronos de cada lugar. En diciembre, en todo México, se celebra a la Virgen de Guadalupe. En casos como ese, Jorge me comentó que cada mes de diciembre manda dinero para cooperar en los gastos de esta celebración.

En Chicago hacen una misa especial donde los mexicanos cantamos las mañanitas a la Virgen morena. En familia, hay muchas celebraciones, como los cumpleaños y las festividades religiosas. Aquí mucha gente se siente orgullosa de ser mexicana. Esto lo podemos constatar cada año en los festivales conmemorativos de la Independencia de México. Hay varios desfiles en la ciudad de Chicago, uno en el centro de Chicago, en La Villita y en Cicero. En estos desfiles se grita orgullosamente: «Viva México».

Tengo la impresión de que no hay



mucha diferencia acerca de cómo se realizan las fiestas en Estados Unidos y México. Las quinceañeras se celebran igual, la familia acude a misa y luego a una recepción. Creo que la gente que viene de México trae sus costumbres y las aplican aquí en Estados Unidos cuando hacen sus celebraciones. Una diferencia que he notado en las fiestas de mexicanos y estadounidenses es que los primeros celebran los quince años y los segundos los dieciséis. Mi hermana tiene una amiga mexicanoestadounidense que nos invitó a su fiesta de dieciséis años, y creo que son similares a las nuestras.

Cada vez que en familia se habla de la posibilidad de que mis padres regresen a México, ellos dicen que ya están acostumbrados a la vida de Estados Unidos y que difícilmente se volverían a acostumbrar a la vida de México. Mi papá dice que ya tiene casa aquí y que ahora le falta hacer una casa en Guerrero para cuando vaya de vacaciones. Mi mamá dice que no regresaría a México sino sólo en invierno cuando ya esté vieja y no pueda soportar el frío. Mis padres tienen varios años viviendo en Chicago y están acostumbrados al estilo estadounidense, además siempre me han dicho que la vida es más trabajosa en México.

Por mi parte, pienso que soy una de las muchas personas afortunadas de que sus padres hayan emigrado a Estados Unidos para formar una familia. Al nacer en Estados Unidos uno tiene más derechos y privilegios a diferencia de quienes no son ciudadanos. Los inmigrantes sin ciudadanía estadounidense no tienen las mismas oportunidades que los ciudadanos. Por ejemplo, los inmigrantes indocumentados que vienen a buscar una mejor vida tienen que trabajar en fábricas donde se les paga lo mínimo y se tienen que conformar con eso para poder mantener a sus familias. Un primo de mi papá ha comentado que si sus primeros dos hijos hubieran nacido

en Estados Unidos podrían haber trabajado en otros lugares. Sin embargo, sus hijos deben dar gracias por tener un trabajo aunque se les pague poco.

Pienso que hay una visión totalmente diferente entre los inmigrantes y los hijos de los inmigrantes. Un amigo que aspira a ser un locutor famoso me ha comentado que podría tener un mejor trabajo como locutor si tuviera papeles legales. Por ser inmigrante, tiene una desventaja que le impide realizar uno de sus muchos sueños. Como mi amigo, existen muchas otras personas que no pueden cumplir sus sueños precisamente por el hecho de no contar con la ciudadanía estadounidense.

Cuando uno va de visita a México, hay personas que piensan que uno se cree superior a los demás por haber nacido en Estados Unidos. En mi caso, pienso que no me creo la gran cosa porque nací en Chicago; soy una persona sencilla y nada orgullosa. Una vez, cuando llegamos a Guerrero, un pariente de mi papá le dijo que qué le había traído de Estados Unidos. Es curioso que cada vez que vamos a México nuestros familiares esperan que les llevemos algo. La mayoría de las cosas que se venden en Chicago también se venden en Guerrero, pero con sólo saber que provienen de Estados Unidos la gente se siente bien. Un amigo que vive en Veracruz me pidió que le mandara una cachucha de la universidad donde estudio. Le pregunté para qué la quería, y simplemente me respondió que quería algo que representara el lugar donde vivo.

En el pueblo de mis padres he notado que la gente es muy amigable. Siempre en la mañana se saludan, cada vez que se encuentran en la calle se saludan. En Chicago es diferente, siendo una ciudad tan grande no es posible que la gente se salude cada vez que se encuentre. La gente del pueblo de mis papás es muy solidaria cuando una familia tiene problemas, entre todos se ayudan. En Chicago, la gente oriunda del



pueblo de mis papás también es solidaria, por ejemplo cuando alguno de los paisanos fallece hacen una colecta para ayudar a los familiares con los gastos del velorio. Las personas que vienen a Estados Unidos hacen más esfuerzos que las que se quedan en México, porque tienen que superar los obstáculos que se les presentan. Cada persona que llega a Estados Unidos tiene dificultades con el inglés. Aprender una segunda lengua es difícil.

En esas condiciones, los que somos hijos de inmigrantes mexicanos tenemos la ventaja de dominar el inglés, ser ciudadanos estadounidenses y tener acceso a la educación. Por eso mi madre siempre me dice que aproveche y estudie para obtener una carrera y no terminar trabajando en una fábrica. Mi padre sí sabe inglés pero no lo habla mucho. Alguna vez el idioma fue uno de los obstáculos que impidieron que él progresara más de lo que ha hecho.

Mis padres me han preguntado si me gustaría vivir en México. Creo que no podría porque estoy acostumbrada a Chicago. Aunque el pueblo de mi papá ha estado progresando, todavía le falta mucho. Sólo iría de vacaciones.

En busca de las raíces

JUAN FONSECA*

¿Qué buscamos los mexicanos en Estados Unidos? Trabajo, educación, tal vez negocios. Todas estas respuestas son de índole económica y dejan fuera cualquier indicio de representación o motivo cultural. Ese motivo nunca es un factor determinante cuando se decide emigrar desde Michoacán, Jalisco, Durango, Zacatecas, Quinta Roo o de cualquier otro lugar de procedencia. En mi opinión, el factor cul-

tural debería de ser tomado más en cuenta, porque al llegar a Estados Unidos se convierte en un elemento determinante en la vida de todas las personas. El cambio cultural, por así llamarlo, es una de las muchas dificultades que enfrenta el inmigrante; aunque en las urbes metropolitanas donde predominan los latinos, en especial mexicanos, dicho cambio no se da por completo. En esas urbes la semejanza cultural mexicana es tan grande que nuestras costumbres y raíces difícilmente se olvidan, sin embargo las distintas culturas se entretajan de una forma que es difícil de manejar y asimilar.

Los estadounidenses se quejan de la abundancia de mexicanos en su país. Escritores como Samuel P. Huntington argumentan un supuesto deterioro de la sociedad estadounidense debido a «la invasión mexicana» de las dos últimas décadas. Sus comentarios omiten aludir el efecto positivo que la cultura latina, en especial la mexicana, ha generado al contribuir a la diversificación cultural y al crecimiento económico. Los inmigrantes mexicanos no tienen nada que ver con el terrorismo o la destrucción, sino todo lo contrario, aportar al trabajo y el desarrollo, y dejan en entredicho la posición de autores discriminatorios como Huntington. Debido a que las sanciones económicas estadounidenses sobre Centroamérica y México son tan grandes, el desarrollo de estos países se estanca provocando escasez de trabajos y un importante deterioro de los beneficios sociales, y cuando hay algunos avances no son suficientes para la subsistencia familiar debido a los bajos sueldos y a la falta de recursos tecnológicos. Como consecuencia la migración hacia Estados Unidos termina siendo la única salida para escapar de la pobreza.

* Estudiante de la Universidad de Illinois. Correo electrónico: jfonse3@uic.edu.



Nadie quiere dejar su país de origen. En su mayoría la deserción del país natal es un recurso forzado debido a las malas circunstancias por las que atraviesan los individuos y las familias. Al llegar a Estados Unidos, la añoranza y la melancolía es experimentada por los inmigrantes. Sin embargo, al ver toda la mexicanidad existente en Estados Unidos, el sentimiento de aislamiento es más soportable de lo que tal vez sería en otros países donde la comunidad mexicana no es tan extensa. En Chicago miles de mexicanos residen en dos comunidades, las cuales se han convertido en un «pequeño México». Estas dos comunidades son La Villita (Little Village) y Pilsen. En estas dos colonias mexicanas (porque en eso se han convertido dejando de ser culturalmente estadounidenses), cualquier persona puede encontrar un sinnúmero de productos mexicanos que día a día aumentan en variedad y autenticidad: molcajetes, ollas de barro, refrescos embotellados, estropajos, condimentos y alimentos, todos traídos desde México. Este tipo de hechos, sumado al constante recordatorio de nuestras tradiciones, hace de la transición de una cultura a otra un proceso muy lento.

Los mexicanos en Estados Unidos siempre están con un pie en México. Es una idea común que si un mexicano —con o sin familia— viene a Estados Unidos y se queda más de un año, entonces jamás regresará a México. Esto es más factible si obtiene la ciudadanía y tiene la posibilidad de trasladarse de un país a otro sin dificultad, lo cual le permite preservar las costumbres y añoranzas mejor que los otros inmigrantes con estatus diferente. Para aquellos que no cuentan con la posibilidad de ir y venir, que no pueden ir ni de vacaciones a su tierra natal debido a su estatus migratorio, la frustración cultural es muy grande. El mexicano, tal vez debido a la proximidad de las dos naciones, nunca deja de estar en México al cien por ciento.

Siempre hay algo que les gusta mantener en México, algo por lo que tengan que volver. A veces se trata de una casa que han venido construyendo durante unos quince años, tal vez sea un negocio que intentan expandir, a veces es la misma familia que no quieren traer a Estados Unidos con el afán de que mantenga sus valores. De cualquier manera, siempre esta latente la necesidad de importar a Estados Unidos aquellos productos que nos unen un poco más a nuestra cultura y que ayudan a traer a México al seno de nuestra comunidad.

En un documento escrito por Sam Quiñones, publicado por la Universidad de Nuevo México en 2001, titulado *West Side Kansas Street*, relata como Los Ángeles han llegado a Zamora, Michoacán, en términos culturales. Desafortunadamente, la *estadounidización* de Zamora se debe a las pandillas —o *gangs* como se les conoce acá— debido a que grupos de adolescentes migran, constantemente, de un país a otro, portando costumbres y tradiciones, particularmente de aquéllo que se considera *cool* en Estados Unidos. En ese documento, varios ejemplos son relatados acerca de cómo las pasadas generaciones eran más susceptibles de quedarse en México a pesar de la mala situación económica. De cualquier modo, de manera constante, la transnacionalización entre ambos países crece cada día más. Empresas como Walmart han extendido sus tentáculos en México y en el mundo, comercializando mercancías y símbolos de la cultura estadounidense. En ese sentido, las empresas transnacionales evidencian que no sólo los latinos y nuestras culturas emigran hacia Estados Unidos, sino también Estados Unidos, a través de sus empresas y cultura, lo hace hacia México, Centroamérica y Sudamérica.

Tuve la oportunidad de entrevistar a mexicanos radicados en Chicago sobre sus sentimientos hacia su cultura. La primera pregunta fue «¿de dónde eres?» Los



nacidos en México, aunque hayan vivido desde su infancia en Estados Unidos, siempre contestaron «soy mexicano». De los nacidos en Estados Unidos, un 70% contestaron que eran de México, pero recalcan que habían nacido en Estados Unidos. El 30% simplemente decía que eran mexicanos. Es interesante que todos se hayan considerado más mexicanos que estadounidenses. Claro que varios de ellos aclararon que eran nacidos en Estados Unidos dejando entrever que también querían ser reconocidos en esa condición, sin embargo quedaba la sensación de que su mayor vínculo era con México. A la pregunta «¿qué es lo que te hace mexicano?», la mayoría contestó que el idioma, las costumbres, el color de la piel y el que sus padres fueran mexicanos. Es cierto que aunque sean nacidos en Estados Unidos, suele clasificarse a toda persona chaparra, morena, en otras palabras con un *look* hispano, como latino. Benn Michaels, profesor de la Universidad de Illinois, escribió que es mentira que a la sociedad estadounidense no le guste hablar de razas. Menciona que todos nos sentimos orgullosos de mencionar nuestro origen, cultura y tradiciones, y que también somos muy respetuosos de los demás. Eso es cierto cuando se pregunta sobre el origen. Si eres mexicano, manifiestas tu orgullo al decir que tu tierra es la del mariachi, el tequila y las mujeres bellas. Poco a poco la sociedad estadounidense asimila el hecho de que es difícil combatir las costumbres latinas, pues se integran rápidamente a los

campos económico, deportivo, artístico, entre otros.

En muchos aspectos nuestra comunidad mexicana tiene que trabajar para llegar a ser una fuerza importante en Estados Unidos. Constantemente se oye como los latinos, que en su mayoría somos mexicanos, pronto nos convertiremos en la primera minoría en Estados Unidos. No es necesario dejar nuestras costumbres o cambiar nuestras tradiciones. No hay razón para no celebrar con desfiles del 5 de mayo por la calle 26 en La Villita o conmemorar con un desfile la Independencia de México en Pilsen. Celebrar y recordar nuestras tradiciones es lo que hace a nuestra comunidad mexicana más fuerte e interesante en este país. Es cierto que esto nos hace añorar y recordar, pero eso no es malo, porque si no lo hiciéramos perderíamos nuestra identidad. Aunque detractores y racistas quieren cambiar y eliminar las grandes contribuciones que hacemos a este país, debemos de seguir luchando por sobresalir, debemos de luchar por educar a nuestra comunidad y motivar a los niños y jóvenes para que pronto, muy pronto, logren cambiar el mal estereotipo que la cultura estadounidense tiene sobre la cultura latina. Debemos educarnos, asistir a la universidad, aumentar el número de profesionales, crear negocios y trabajar duro. Sólo de esta manera lograremos sacar a México adelante, el México que dejamos físicamente atrás y el nuevo México que estamos creando, el México que llevamos en el corazón.